

# **EL POSEEDOR ROMANO**

Anselmo Lorenzo

# EL POSEEDOR ROMANO

— POR —

ANSELMO LORENZO

CONFÉRENCIA SOCIOLÒGICA  
LEIDA EL DÍA 27 DE MARZO DE 1910 EN EL LOCAL  
DE LA SOCIEDAD DE PANADEROS "LA ESPIGA"  
— DE BARCELONA —

Precio: **15** cénts.

EDITADA POR LA COMISIÓN PRO-PRESOS  
Y A BENEFICIO DE LOS MISMOS

## A la Comisión Pro-Presos de Barcelona

Compañeros:

El presente trabajo ha sido realizado con el propósito de contribuir, aunque sea en parte mínima, al estudio de la sociología y al sostén de la solidaridad entre los explotados y los perseguidos por el privilegio.

Os lo entrego, rogándoos lo aceptéis, con el deseo de que fructifique en ambos conceptos.

Salud.

Anselmo Lorenzo.

Marzo 1910

## EXPOSICIÓN

Una casualidad me ha dado asunto para el presente trabajo.

Recién vuelto a mi casa del destierro que, en compañía de mi familia, me tocó en suerte en la sangrienta, absurda y ridícula represión que, a título de “palo de ciego” y como inspirada en rabia desesperada, se practicó después de los sucesos de julio en Barcelona en 1909, satisfecho por haber aprovechado la ocasión para llevar, contra el propósito de los perseguidores, el germen del pensamiento emancipador a Alcañiz y Teruel y por haber confraternizado con los jóvenes y entusiastas anarquistas de Zaragoza, leí en un diario que D. Gumersindo Azcárate vendría a Barcelona a dar una serie de conferencias sobre asuntos municipales.

Recordé con tal motivo la impresión que me produjo la frase *el poseedor romano es inmortal*, que leí atribuida a dicho señor, como pronunciada en el Congreso, en una discusión promovida acerca de la huelga general ocurrida en Barcelona en marzo de 1902.

Parecíame que con aquella frase quería decir su autor que la actual manera de ser de la propiedad era imperecedera, y en tal sentido escribí algo que fue muy comentado en la prensa obrera y en reuniones de trabajadores.

A propósito del anuncio de sus conferencias, escribí al Sr. Azcárate, rogándole que en ellas explicara el verdadero significado

de aquella frase; y con atenta y amable carta me contestó que no era cierto que pensara en tales conferencias ni nadie le había hablado de ellas, y que la tal frase no era suya sino del gran Herculano, manifestando que, por el contrario, él pensaba que el Derecho romano no había dicho la última palabra sobre la propiedad.

Para darme mayor seguridad, me remitió un folleto que contenía íntegro el discurso en que se citaba la frase aludida, y, satisfecho por la indicada manifestación, que dejaba la debida vía libre al progreso, me complazco en tomar de aquel discurso los siguientes interesantes párrafos, que merecen ser conocidos por los pensadores obreros, toda vez que en ellos se desvanece una dañosa preocupación burguesa.

“Y vamos a la cuestión social. No he de ocultaros la penosa impresión que me ha producido el debate sobre este particular, nacido del contraste entre la declaración que un día el Sr. Roig y Bergadá hacía con gran elocuencia desde aquellos bancos, pidiendo, como la cosa más natural y sencilla, el salario mínimo, el límite de las horas de trabajo y el arbitraje obligatorio, declaración que aplaudía la mayoría, y la actitud de todas las agrupaciones que ocupan esos bancos, desde los cuales se levantaban recelos y alarmas, temiendo el advenimiento del socialismo.

Ante todo, importa afirmar que el problema social que tenemos delante no tiene igual en la historia. Es un error suponer que ha existido siempre porque siempre ha habido luchas entre pobres y ricos; ha habido problemas sociales parciales, transcendentales en la historia; pero con los caracteres que tiene el presente, jamás.

Y esto nace de lo siguiente: De un lado, hay un problema que abarca la vida toda, producido por la lucha entre la tradición, que quiere conservar su poder sobre el mundo, y el progreso, que quiere arrebatárselo; y hay un problema social, que consiste en el atomismo existente, en la falta de organización en los elementos sociales, y hay un problema obrero, producido por la substitución de la pequeña industria, por las actuales circunstancias económicas y por el aumento gigantesco de la propiedad mobiliaria. Todo eso determina un estado social, y, por tanto, un problema propio de nuestro tiempo, e importa señalar cómo y en qué se diferencia del problema social que resolvieron nuestros padres en el primer período de la revolución. Entonces, las soluciones del mismo eran negativas; en el orden político se afirmaba la soberanía del pueblo frente a la de los reyes; pero en el orden social, la revolución consistía en negar las excepciones que había engendrado la historia, con el feudalismo, con la amortización y con la vinculación. De ahí el grito de

Mirabeau: *Abajo los privilegios y los privilegiados*; y por eso se sintetiza aquella revolución en dos vocablos: desamortización y desvinculación, dos conceptos negativos; es decir, supresión de la amortización, supresión de la vinculación.

Pero ¿es que para los bienes desamortizados se creó un nuevo derecho de propiedad? No; se aplicó el derecho común, el derecho histórico, y por eso decía el gran Herculano que el poseedor romano era inmortal, y otro sabio jurisconsulto norteamericano, Kent, decía que al cabo de tantos siglos aquel propietario tradicional, que había casi desaparecido ante el feudalismo, el propietario alodial, había aparecido de nuevo.

Pues bien, señores, el problema social de hoy no es eso; no consiste en destruir, consiste en crear. ¿No os ha llamado la atención la antítesis que hay entre el derecho público y el derecho privado? ¿No habéis observado cómo el derecho público, en todas sus ramas, el político, el penal, el procesal, el administrativo, son derechos nuevos, obra de nuestro tiempo, de nuestro siglo, mientras que el derecho privado, en casi todas sus ramas, es un derecho histórico, tradicional, romano, germano, canónico, según los países? Aun allí donde parece que el derecho nuevo está en oposición con el

derecho antiguo, como en el matrimonio civil, en substancia es sólo una cuestión de competencia, pero en el fondo es derecho canónico. ¿Qué quiere decir esto? Que hay una gran antítesis entre estas dos esferas del derecho; y el problema social consiste en resolverla, en la creación de un derecho privado nuevo, y de ahí la gran escuela civilista con todas sus novedades, y de ahí la gran dificultad del problema. Porque, reparad bien: comparad estas dos ramas del derecho, el penal y el civil, y veréis, en el derecho penal, que desde el movimiento iniciado por Beccaria, vino al suelo todo el derecho antiguo, se hicieron Códigos penales nuevos en todas partes. Pero ¿qué más? Si hay ya otra etapa científica que quiere empujar el derecho penal en dirección más progresiva. Por eso veréis que a ningún abogado que tenga que aplicar el Código penal se le ocurre consultar el Fuero Juzgo, ni la Novísima Recopilación, ni las Partidas; pero en el derecho civil, nuestro flamante Código, ¿qué otra cosa es que nuestro derecho antiguo tradicional?

¿Qué quiere decir eso? ¿A qué obedece que el derecho penal sea nuevo y el derecho civil no? ¿Por qué esa diferencia? Porque mientras en el derecho penal ha habido ya dos etapas científicas, doctrinales, ideales, que sirven de guía y de faro, en el derecho civil, la



llamada filosofía del derecho, aparte las lucubraciones socialistas, es sólo una generalización sobre el derecho romano o sobre el derecho germano; de aquí la dificultad: porque no hay faro, no hay luz para resolver todos esos problemas que caen dentro del derecho civil”.

De la lectura de lo transcrito resulta que lo que para mí al principio era principal se convirtió después en secundario.

En efecto, la inmortalidad del derecho romano, a que se refería Herculano, no es tal inmortalidad, sino una vida excesivamente prolongada a consecuencia de la prolongación de un absurdo legal: hágase en el derecho privado lo que se ha hecho en el derecho público, y la muerte de la legislación romana dará paso a la razonada economía social.

Si para el derecho público en todas sus ramas se ha legislado en concordancia con nuestro tiempo, y en el derecho privado no se ha hecho modificación alguna, quedará patente la inmensa incongruencia de que al avance del progreso social no corresponde el progreso de los poderes del Estado, ni siquiera van pareadas dos de sus principales manifestaciones: la legalidad privada y la pública. De modo que uno es el hombre en concepto político, penal, procesal y administrativo, y otro muy distinto en concepto propietario; como que para el mismo hombre existen dos conceptos distintos, separados uno de otro nada menos que por el transcurso

de dos etapas científicas, que pueden representar un número no escaso de siglos.

Incongruencias de esta clase abundarán en la legislación general, cuando, además de la disparidad señalada, puedo recoger el siguiente párrafo de un discurso de un político distinguido, Silvela:

“Es un verdadero escándalo que subsista un código penal para una Constitución ya abolida, y que no garantiza ninguno de los principios fundamentales de la Constitución nueva, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones de la Iglesia con el Estado, a la defensa de la monarquía y a la de las instituciones armadas”.

La declaración de Azcárate es importantísima y merece fijar la atención de los pensadores obreros, porque ocurre lo siguiente: La sociedad, que se halla en constante progreso, suministra al poder público la norma del derecho, que el legislador formula en leyes. Cada ley, como resultado que es de una necesidad propia del modo de ser social de un momento histórico, impone prescripciones que serían aceptables, buenas y hasta justas para una sociedad que se estacionara en aquel momento; no estacionándose, continuando su progreso, cada prescripción legal puede ser un motivo de desobediencia por ser un obstáculo, lo son muchas y forzosamente han de terminar por serlo todas; mucho más si se tiene en cuenta que el derecho humano, como, hasta la sociedad

se ha repetido por los definidores de la democracia, es ilegible. Si por añadidura dichas prescripciones cojean hasta el punto de que el derecho público, según la expresión de Azcárate, “ha avanzado dos etapas científicas, mientras el derecho civil, aparte las lucubraciones socialistas, es sólo una generalización sobre el derecho romano”, el obstáculo pasa a ser dificultad insuperable.

En resumen, el derecho público ha adelantado dos períodos evolucionistas y el derecho privado ha permanecido quieto, no inmortal, sino paralizado o paralítico, de cuyo estado saldrá, so pena de muerte y descomposición de la sociedad moderna, por un empuje revolucionario que, como decía Mirabeau cuando sentenciaba a muerte al privilegio, permita decir al proletariado encarándose con la burguesía: ¡Abajo la usurpación de la riqueza social! Y esta vez tendrá verdadera práctica, porque no será la voz de un jefe ni de un caudillo quien hable en nombre de un tercer estado que, como hizo la burguesía, se reserve la retención de los privilegios, convirtiéndose en privilegiada a su vez, sino que será el proletariado, no como masa de inconscientes apasionados, sino como reunión poderosa de individuos pensantes y coincidentes, de desheredados que quieren dejar de serlo, que afirman su derecho a la participación en el patrimonio universal y manifiestan su voluntad de adquirirla.

Otra novedad importante hay en la citada declaración: el significado y la intención de la frase “aparte las lucubraciones

socialistas”, que manifiesta que mientras los poseedores se han atenido a lo prescrito en el art. 359 del Código civil, que “presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario”, los socialistas, es decir, el proletariado internacional ha estudiado, ha protestado y ha contribuido poderosamente a la formación de la ciencia social, a la sociología, a esa ciencia que ha de reorganizar la sociedad sobre bases razonables e indestructibles.

Considero, en vista de lo expuesto, como exenta de importancia la famosa frase de Herculano, y que la inmortalidad del poseedor romano durará sólo hasta que el desheredado proletario se capacite moral y materialmente para desposeer al usurpador burgués.

Ahora, de la preinserta declaración de Azcárate, entresaco y comento las siguientes afirmaciones, que merecen ser estudiadas:

1º El problema social no tiene igual en la historia.

2º Hay un problema social que consiste en el atomismo existente, en la falta de organización de los elementos sociales.

3º Hay un problema obrero, efecto de la substitución de la pequeña industria por la gran industria, de las actuales circunstancias económicas, del aumento gigantesco de la propiedad mobiiiaria.

4º Las lucubraciones socialistas, consideradas aparte del estacionamiento del derecho antiguo, son una nueva vía progresiva.

## NOVEDAD DEL PROBLEMA SOCIAL

Como hemos visto en el discurso de Azcárate, los contradictores de las aspiraciones del proletariado afirman que el problema social no es exclusivo de nuestro tiempo, ni resultado de la desigual distribución de la riqueza, sino que es tan antiguo como el mundo, y, fundándose en que siempre y en todas partes ha habido pobres y ricos, siempre y en todas partes, profetizan, los habrá.

Tal afirmación es, ya queda expuesto, un error, y tal profecía, lanzada por quienes anatematizan como utópica, como irrealizable, toda modificación en la actual manera de ser de las relaciones humanas, es, como veremos, una falsedad que por arraigada que esté y aun por dogmática que sea, desmiente la sociología.

A este propósito, me parece oportunísimo el extracto de los siguientes pensamientos de Edmundo de Amicis, que confirman los de Azcárate:

¡Que la cuestión social es tan antigua como el mundo!, sea. Pero lo que no es tan antiguo como el mundo es el grado a que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante y más rebelde que se conoce en la historia. Lo que dista mucho, muchísimo, de contar tal antigüedad, es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza y la conquista teórica, aun no confirmada en la práctica por el maldito respeto a los intereses creados, lo que sirve de estímulo y de impulso para la conquista positiva de la igualdad económica; es

también la mayor cultura dominante, que hace precisamente más agudo en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es, sobre todo, la miseria relativa, acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia en un corto número de individuos.

Sea, como quieren los privilegiados o sus defensores a sueldo y merced, la cuestión o el problema social, tan antigua o tan antiguo como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado, el oro en mano de unos particulares que se levantan como soberanos en medio de pueblos libres; particulares que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de su patria, esa patria que debe ser patrimonio de todos sus compatriotas; cuyos particulares tienen en su mente y en su bolsa la suerte de cientos y de miles de hombres, y que pueden turbar en provecho exclusivamente propio los intereses de toda una nación y corromper cínicamente muchedumbres o poderes públicos.

Lo que es nuevo, flamante, es que frente a esos autócratas de la riqueza y a sus omnipotentes sindicatos de explotadores, a sus *trusts*, palabra que expresa la mayor tiranía económica nacida y desarrollada en la República norteamericana, modelo de la mayor libertad política, que ensanchan a su alrededor como siniestra banda la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan brotado

sociedades de miles y miles de trabajadores, *Trades Unions*, grandes como razas, disciplinadas como ejércitos, y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados a reunirse por la grande industria, se vayan aglomerando los proletarios en sindicatos y en federaciones de sindicatos locales, nacionales e internacionales que se entienden, se organizan y fraternizan, vivificando y dando eficacia al gran pensamiento que creó la gran Asociación Internacional de los Trabajadores.

Lo que es nuevo también es que se reúnan Congresos de obreros con delegados de muchas naciones, de diversas razas, de diferentes religiones, de vario régimen político y de distintos idiomas, en representación de muchos millones de trabajadores, que se hayan declarado en pro de la socialización de la tierra; que, adaptándose al medio y con la intención, discutible y no aceptable por mi parte, pero manifiesta, de ser prácticos y obtener ventajas antes de la realización del ideal, envían campeones de la idea a los Parlamentos y crean poderosas cooperativas con que aprenden administración y substraen dinero de la codicia burguesa para dedicarlo a la creación de escuelas racionalistas en que se eduquen las futuras generaciones de trabajadores. Nueva es también, con albores de esperanza para unos y lobreguez de terror para otros, la posibilidad de un acuerdo internacional en que con una palabra lanzada desde París a Sidney, desde Berlín a Nueva York o desde Buenos Aires a Barcelona o Génova, abandonen campos, fábricas, locomotoras y trasatlánticos millones de



trabajadores en todas las latitudes y en todos los meridianos de la tierra, poniendo su veto al privilegio, para hacer positiva y definitiva la desamortización y la desvinculación que debió realizar la Revolución francesa y que la burguesía convirtió en usurpación.

Y esa posibilidad existe, porque diariamente, por toda la superficie de la tierra, circulan millares de hojas que anuncian una esperanza común y animan una pasión única, acumulándose en las buhardillas y en los tugurios, en los ranchos y en las gañanías, como enormes provisiones de energía para la Revolución social y para la futura reorganización de la sociedad.

Y todo eso es posible porque existe esta otra novedad: miles y miles de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, estenuados, prescindiendo ya de la taberna y del alcohol, se someten a una nueva faena, para instruirse en las primeras horas de la noche acerca de los asuntos sociales; se quitan el pan de la boca para sostener el periódico que les protege, y dedican los restos de fuerza y de actividad a la propaganda de sus ideales, persistiendo en esta obra con tanto empeño y constancia que algunos sucumben en esta fiebre de entusiasmo y otros se elevan a las cumbres del saber.

Y no es menos nuevo ni menos grave, hagamos esta declaración en honra de los hombres de corazón que sobresalen entre los mismos privilegiados, que esa gran muchedumbre inculta y apasionada, se haya atraído y sepa mantener, no a su cabeza sino

a su devoción, una flor de hombres científicos, artistas y aun estadistas que defienden su causa ennobleciéndola, razonándola y embelleciéndola en todas las esferas del pensamiento, del arte y de la vida.

Entre las novedades de nuestro tiempo se halla la situación indecisa y peligrosa de las clases medias, que, si no con tanta urgencia como la de los trabajadores del campo y de la ciudad, sienten los daños de que se quejan las clases inferiores.

Hay una gran parte de la burguesía, para quien la existencia va siendo tan precaria como la del proletariado; en todas las esferas del comercio y de la industria, las pequeñas y las medianas fortunas se encuentran oprimidas en la vida desesperada de las grandes capitales; hay propietarios que mendigan; miles de jóvenes de ingenio y de cultura ganan menos que un bracero; la vejez pensionada disputa el puesto a la juventud que debuta; la mujer y el niño despojan al hombre de su plaza.

Hay tal lucha de náufragos alrededor de cada tabla que sobrenada, que cuando uno por imposibilidad o negligencia no se aferra a la suya cae irremisiblemente en el abismo de la miseria.

Con todas esas novedades concuerda la tradicional, simbólica y antisocial maldición del Génesis, que impuso el trabajo como un castigo, como si un dios omnisciente y omnipotente, pero iracundo, hubiera cometido por ignorancia esa gran injusticia.

El puesto humildísimo que por la inferioridad forzada de su educación y de su escasez y por la falsedad orgullosa de los privilegiados se asigna en la sociedad al trabajador, cuya obra se honra en abstracto, pero cuya persona se desprecia, y la escatimada retribución con que aquella obra se retribuye, ocasiona que se huya a todo trance del foso en que yacen las clases inferiores.

He aquí por qué hay sobreproducción hustu en el campo de la inteligencia.

Existe, en efecto, una superabundancia enorme de juventud culta, a la que la ilustración no da pan, como el oro sería inútil al hambriento en el desierto; hay un ejército de reserva intelectual, que, como el de la clase obrera, ofrece su trabajo con renaja y acepta toda condición con tal de vivir, y ni aún a este precio encuentra medios de subsistencia.

Y el torrente crece cada día, viéndose señales de su desbordamiento: 1º en la restricción impuesta por algún gobierno de Europa a la creación de nuevos institutos de enseñanza, considerando que existen de sobra para las necesidades intelectuales que reclama la sociedad; 2º en la oposición al planteamiento de la escuela mixta racionalista en que niñas y niños juntos reciban educación e instrucción, teniendo por antisocial y disolvente la enseñanza puramente científica del proletariado; 3º en la confusión que el radicalismo político quiere establecer entre la

enseñanza laica y la racionalista, dando la preferencia a la primera, porque sostiene la preocupación patriótica y alarga de ese modo la ignorancia explotable del trabajador, a quien se necesita como elector y base de la ambición de los políticos profesionales.

Déjese ahora que a la mujer se le facilite el ejercicio de las profesiones privilegiadas, como va sucediendo y sucederá forzosamente por su propio empeño emancipador y hasta por la fuerza invencible de las cosas; supóngase que, como límite al insostenible derroche de la paz armada y por el establecimiento de algún sistema de arbitraje internacional, se licenciara la mitad de los ejércitos actuales, y acudiera a la concurrencia del mercado intelectual el correspondiente número de señoritos arrastra-sables, quienes por la índole de su educación peculiar y por las preocupaciones dominantes, rehusarían dedicarse a trabajos manuales o mecánicos y también quedarían excedentes en las redacciones de los diarios y en los comicios donde surten de candidatos a la necia candidez del cuerpo democrático-electoral, y se verá un proletariado patricio más temible que el plebeyo, por lo mismo que es más culto.

Y, sin admitir suposiciones, bien puede decirse que ese proletariado existe ya, aunque contenido por un tenue vínculo de tradición y de intereses con la clase superior, habiendo país en que se ha convertido en fuerza viva del socialismo, como foco peligroso de descontento y de rebelión, encendido en el mismo seno de la

burguesía; que si por el momento y entre nosotros especialmente se nota menos, porque se halla esparcido y vacilante, y porque hallándose sus individuos en más directa dependencia de los privilegiados de la fortuna, corren mayor peligro de ser conocidos y arrojados a la calle, ya cesarán sus temores, ya se agrandarán sus esperanzas con la extensión del socialismo en la machedumbre, en la prensa, en el Parlamento y hasta en el gobierno, y entonces levantará el grito de reivindicación fraternizando con los trabajadores.

## EL ATOMISMO SOCIAL

Azcárate se sirve de la palabra atomismo para nombrar esa especie de egoísmo que consiste en que el individuo sea enemigo de cada individuo y de todos los individuos juntos; egoísmo irracional y en último término suicida, puesto que, tras la explotación llevada hasta el extremo posible, sólo consigue destruir aquella solidaridad de que depende su misma vida.

Individuos aislados en la intención, ya que en la práctica sea absolutamente imposible, porque la solidaridad es inevitable, producen constantemente una acción directa, que es causa de los estancamientos, de las regresiones y de las desviaciones que sufre el progreso.

Progresistas humanitarios, hijos de la Revolución, creyentes en la eficacia de la acción redentora de los principios revolucionarios, pudieron esperar que la superabundancia de las Américas, del Asia, del África y de Australia redundara en beneficio de los hambrientos de la caduca Europa. Con la desaparición del hambre coincidiría la de las fronteras, aduanas, peajes y derechos de consumos. Con la práctica del idioma universal se establecería en todas las naciones la unidad de pesas y medidas, la del meridiano y la de la moneda. Los miles de millones invertidos anualmente en la paz armada se dedicarían a grandes obras y utilísimas mejoras, y los cuatro o cinco millones de mozos esterilizados en los cuarteles y destinados a las hecatombes guerreras permanecerían

tranquilamente en sus hogares fomentando la especie, el estudio y el trabajo. Con la consiguiente desaparición de las instituciones oficiales desaparecería el patriotismo burocrático, y resultaría una gran economía en los presupuestos y un aumento notable en el contingente de los productores. Ni el verdugo ni el carcelero tendrían ya ocupación, ni la pólvora y otros explosivos servirían más que para los barrenos en las canteras, ni la construcción de armas emplearía más obreros ni absorbería más capitales.

Teniendo en cuenta que hemos sometido al trabajo, para nuestro provecho, las fuerzas naturales, hasta el punto de que para 1.500 o 1.600 millones de habitantes que cuenta nuestro globo, poseemos una fuerza lo menos de 200 millones de caballos de vapor, y que cada fuerza-caballo equivale a la fuerza de siete hombres, resulta que, aun prescindiendo de otros medios de producción mecánica, hemos multiplicado prodigiosa-mente nuestra fuerza y nuestra capacidad productora, puesto que con el solo trabajo de conservación y vigilancia, tenemos en actividad constante más de 2.000 millones de fuerzas humanas, que, fijas en el suelo, como surtidores, dan chorros asombrosos de productos, que circulan velozmente por las vías terrestres, marítimas y en breve circularan por las aéreas mediante el aeroplano y el dirigible.

Añádase a tanta fuerza productora la promesa de sir Thomson, de Cambridge:

“No está lejano el día en que la explotación de los rayos solares transforme nuestras condiciones de vida, en que el hombre no necesite el carbón mineral ni vegetal ni aun los saltos de agua, y en que todas las ciudades estén rodeadas de gigantescos aparatos captadores de esos rayos en que se acumulará el calor, y la energía obtenida se almacenará en grandes depósitos.

Para darse cuenta de las enormes fuerzas todavía disponibles, basta considerar que la Tierra recibe del Sol una cantidad de calor equivalente a 17.000 caballos por hectárea, inconcebible y asombrosa fuente de energía, que nuestros ingenieros no han logrado dominar aun pero que dominarán al fin”.

Cuéntese además que este acrecentamiento de fuerza procede hasta ahora de la fracción civilizada de la humanidad, con exclusión de los parásitos del privilegio y de las razas rezagadas y estacionarias, las que por la fuerza expansiva de la fracción humana culta, mediante la reorganización social, por la colonización y la confraternidad agregarán todas sus energías al acerbo común, y darán a la producción, a la vida, a la justicia, a la economía y a la felicidad enormes y bellísimas proporciones.

Un sabio de la antigua Grecia dicen que dijo:



“La esclavitud no puede desaparecer hasta que las herramientas se forjen por sí solas, las mieses se almacenen en el granero sin la intervención del hombre, los telares nos den espontáneamente la fibra convertida en ropa y todas las necesidades de la vida se satisfagan sin trabajar”.

Pues lo que aquel sabio pedía como un milagro se ha realizado hasta con exceso; mas por desgracia, o, por mejor decir, por la persistencia de funestísimas causas, tan legítimas aspiraciones, a pesar de tan buenas ideas y de tan útilísimas invenciones, se han visto desvanecidas, y por todas partes aparecen, como aplicación de los últimos adelantos de la ciencia, mortíferos inventos y belicosos proyectos, tan fría y desvergonzadamente estudiados y calculados, que las guerras internacionales y civiles parecen ser el objeto preferente de la humanidad.

Nunca con más razón y oportunidad que en el presente caso puede hablarse de no echar vino nuevo en odres viejos. Recordemos la declaración de Azcárate: el derecho privado sigue estacionario, y se explicará la causa de tan lamentable decepción.

Usurpada la posesión de la tierra por los propietarios; usurpado el producto del trabajo por la posesión del dinero y de los medios de producir; usurpado el conocimiento por la instrucción superior; reforzadas esas usurpaciones por el derecho que da la ley al propietario de gozar y disponer de la cosa poseída aunque ésta

pertenezca al conjunto de bienes existentes en la naturaleza, de que nadie es creador, que todos los hombres necesitan para vivir y que nadie tiene derecho a detentar; quedan los no propietarios en condiciones tan precarias y desventajosas que los es imposible desarrollarse como lo exige su ser.

Si aun en su inferioridad y desventaja pudieran ser independientes, su misma libertad les daría iniciativas y recursos para evolucionar y progresar; pero no, la Sociedad les liga por la necesidad, y el Estado les sujeta por la debilidad, quedando reducidos a la condición ínfimo de trabajadores, servidores y defensores de los que poseen y atesoran.

Ese dualismo que se creó en épocas remotas y que persiste en nuestros días esteriliza toda reforma y toda mejora que no salte sobre él y le destruya.

Por eses dualismo son inútiles y enganosas esa reformas que prometen los radicales de Inglaterra y de Francia, que tanto ensalza la prensa; por ese dualismo quedarán desengañados cuando ya no pueden recuperar el tiempo perdido los trabajadores que se llaman radicales, a quienes se ha hecho creer que su emancipación será decretada, sancionada y publicada el día menos pensado en la *Gaceta*.

Como ejemplo práctico y refiriéndome sólo a España para fijar mejor la atención del lector, aunque variando lo accesorio y dejando subsistente lo principal, ya que poco más o menos puede decirse

de otras naciones, recordaremos que al principio del presente siglo se habló mucho de regeneración, y el insigne Costa inventó el verbo *uropeizar*.

Sobre este asunto me ocurrió un día escribir lo siguiente, que viene bien para mi tema actual: España necesita europeizarse, y a realizar esa necesidad se dirige el gobierno por el camino más corto.

Podría fomentar la instrucción, no dejando poblado chico ni grande sin escuela, con profesores inteligentes y bien retribuidos que armonizaran lo que se cree con lo que se sabe; pero eso tiene el inconveniente de ser largo y pesado, como que habría que prescindir de la generación presente para recoger el fruto en generaciones futuras; sin contar que no hay maestros que sirvan para el caso, porque la mayoría de los pedagogos que suministra la Escuela Normal, forjados a la antigua, todavía creen que la letra con sangre entra, y con la rémora de la enseñanza oficial sometida a la autoridad del ramo llamado de instrucción pública, más que impulsores de la infancia y de la juventud, son ministros de la ignorancia sistematizada.

Podría utilizar yermos y baldíos, que existen en extensiones considerables, facilitando la formación de colonias agrícolas que, a la vez que sanearan comarcas agrestes y pantanosos extrajeran del seno de la tierra y por medio del trabajo libre tesoros de vida y de felicidad; pero además de que eso requiere tiempo no escaso y

un recorrido serio en la legislación sobre la propiedad, en las prácticas administrativas y hasta en las costumbres, la reforma no encaja en los propósitos de mandarines y propietarios, ni siquiera concuerda con la mentalidad rutinaria de los comapesinos.

Podría celebrar tratados internacionales que, desechando absurdos proteccionistas, facilitaran el camino de nuestros productos y realzaran nuestro poder industrial por la adopción de ese admirable mecanismo moderno que produce bien y rápidamente y da libre acceso a todos los mercados; pero causaría grave extorsión a la respetable clase de fabricantes, cuya ganancia está en el arancel prohibicionista, y crearía además perturbadora y profunda crisis que, sumiendo en más cruel miseria al proletariado manufacturero, podría excitar de manera peligrosa las tendencias rebeldes de las masas.

Podría facilitar la creación de instrucciones de crédito que sirvieran de apoyo a iniciativas salvadoras y progresivas; pero ni tendrían vitalidad suficiente, ni serían de gran provecho para gente ignorante, abúlica y servil, que todo lo espera del milagro providencial, gubernamental y hasta revolucionario, y para nada cuenta con el esfuerzo individual ni con el colectivo.

El gobierno lo entiende: el caso es europeizarse, y la manera de europeizar España de un salto está en la creación de una escuadra. ¿No reconocen hoy las potencias que el quid del supernacionalismo está contenido en este latinajo *si vis pacem,*

*para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra)?, pues adelante con la paz armada; a crear una Armada que recuerde la Invencible antes de llegar al canal de la Mancha, y que mire con desdén las armadas de Inglaterra, de la Triple Alianza, de Norte América y del Japón.

Las oposiciones, inspiradas en santo patriotismo, apoyaron al gobierno, y en una sesión parlamentaria célebre se levantaron los jefes de las minorías a apoyar al gobierno, a reforzar esa escuadra imaginaria y a cantar las glorias del pasado poderío marítimo español. Liberales, demócratas, republicanos, carlistas, integristas y hasta solidarios escamados, representantes del pueblo elegidos por sufragio universal, rindieron sus programas parciales ante el del gobierno formado por el partido conservador, y todos europeizaron de acuerdo con Maura, mientras barcadas abarrotadas de españoles hambrientos, renegando de la madrastra patriótica que ni les da pan, ni medio de ganarlo, salían y siguen saliendo de nuestros puertos, dejando sin brazos, sin inteligencia y sin amor la agricultura, la industria, la ciencia y la familia, para ir a abonar con su carne y sus huesos las tierras de las repúblicas sudamericanas, que parece que en la actualidad castigan con la explotación, la ignominia y la muerte de infelices proletarios españoles la bárbara crueldad de los antiguos conquistadores.

Montes talados y ríos que corren por cauces naturales sin la menor previsión contentiva, causan estragos y desgracias que se

han de reparar luego con limosnas, que llegan o no llegan o llegan tarde a su destino; compañías de explotación ferrocarrilana, bajo los auspicios de las mayores influencias de la nación, que bien pudieran considerarse como compañías de seguros contra el presidio, producen grandes dividendos y catástrofes y hecatombes terribles: villas, lugares, aldeas y caseríos casi completamente despoblados que amontonan ruinas y comienzan a ser habitadas por fieras, menos terribles que el propietario, el usurero y el sacramantas que a tal estado les redujeron; sequías que se curan con rogativas, novenas y procesiones; caciquismo, monopolio, usura, fraude y soberbia arriba; vileza, raquitismo moral y material abajo... ¡Qué importa! Todo se arreglará con la escuadra Mauritana.

No da más de sí la ciencia burguesa.

Sépalo los trabajadores que politiquean: mientras se sometan al régimen de la representación parlamentaria, que en resumen no es más que una abdicación del derecho inmanente en favor del candidato, siempre sufrirán las consecuencias de la división o de la conjunción de intereses, según las circunstancias, de sus tiranos y expoliadores; sus esperanzas, por la incongruencia natural entre el ideal de los que sufren y obedecen y la realidad de los que gozan y mandan, se verán continuamente defraudadas, y lo positivo de la accesión les tendrá sujetos al jornal, cuando no formando parte de las legiones de *unemployed*s, o sea de desocupados reemplazados por la máquina que monopoliza el burgués, y mientras no sepamos

y queramos que nuestra emancipación ha de ser y sea nuestra propia obra, sigamos confiando en nuestros representantes, que ya nos europeizarán.

## LA TRANSFORMACIÓN INDUSTRIAL

Han convenido los burgueses que escriben libros o crónicas periodísticas sobre lo que llaman economía política y quieren elevar a la categoría de ciencia social, que todo invento, que toda aplicación de la ciencia al trabajo beneficia a la humanidad; pero, dado el dualismo establecido por el régimen propietario, el beneficio sólo corresponde a los socios del Sindicato internacional monopolizador de la maquinaria.

Más que consideraciones y teorías tienen valor en este asunto hechos concretos, tomados al azar.

Por ejemplo: en los Estados Unidos, hace ya algunos años, para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitaban antes 2.145 obreros de distintas aptitudes para producir tanto como producen actualmente con ayuda de máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a 50. La fabricación de ladrillos supone hoy el 10 por 100 de trabajadores, y la de tejas el 40 por 100. En la zapatería 100 hombres producen hoy tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros.

Según un diario belga, se formó no hace mucho un sindicato europeo que compró por 12 millones y pico de francos los derechos de invención de una máquina para hacer botellas que con 3 obreros reemplaza a 75.



Así podría ir tomando notas en gran número de países y de industrias y de la agricultura para ir a parar a esta desconsoladora conclusión:

“El caballo-vapor cuesta menos de cinco céntimos por hora y es igual al esfuerzo de 3 caballos de tiro o de 21 obreros.

El trabajo suministrado por el vapor, en Europa solamente, se calcula en 50 millones de caballos-vapor, que representan el esfuerzo de 1000 millones de hombres”.

Aunque tan gran número de trabajadores de carne y hueso no hayan sido reemplazados todos por obreros de hierro, por cuanto se han creado industrias nuevas, ello es que en todas las naciones civilizadas han quedado millones de *unemployeds* (obreros sin trabajo), excedentes, desechados, verdaderos detritus sociales, habiendo llegado el caso de que en la República Norteamericana, en el país típico de las libertades políticas, la miseria producida por el atomismo social, tan extremada como la riqueza, extraordinaria alcanzada por ciertos especuladores e industriales, ha llegado hasta renovar la esclavitud. Con escándalo se ha visto, en los emporios de la actividad norteamericana, grupos de hombres con el rostro enmascarado, sin energía rebelde, pérdida toda dignidad, vendiéndose, ofreciéndose a trabajar toda su vida al servicio de un amo a cambio de comida, vestido y albergue. Y para colmo de

desquiciamiento social, se ha dado el caso de que, congresos obreros con representación de miles y miles de trabajadores, en la repetidamente citada República Norteamericana, inspirados en ese supuesto sentido práctico y despreciativo del ideal que así les hace atenerse a ventajas mínimas como entregarse al más desesperante pesimismo cuando ven imposible la obtención de esas ventajas, hayan acordado: uno pedir a los poderes públicos el rancho, la sopa nacional para los pobres; otro acordar el éxodo de todos los *unemployed*s de la República afluyendo a Washington a morirse de hambre a la vista del Capitolio.

Respecto de Inglaterra, he aquí una simple noticia del alcance de la miseria en el invierno de 1909: La situación de una gran parte del proletariado inglés y especialmente londinense es en extremo dolorosa hace ya tres meses. Muchos años hacía que el número de los *unemployed*s no era tan considerable como lo es en la actualidad. En algunos barrios extremos de Londres y sobre todo en Soul West Ham, los *unemployed*s se cuentan por millares.

A pesar de tanta miseria, esa masa hambrienta soporta el hambre con paciencia y sin el menor ataque a la propiedad, y eso que, para colmo de pena, la niebla espesa, el *fog*, ha sumido a la ciudad en una obscuridad completa.

En Irlanda se siente igualmente la miseria. Refiriéndose a Francia dice Henri Dagan: Supongamos que mañana una ley autorizase en París la esclavitud.

¿Qué sucedería? Que multitud inmensa de obreras, sus hijos y no pocos obreros se precipitarían en la esclavitud, en tanto que los patronos se negarían enérgicamente a convertirse en amos,

¿Obedecería la negativa patronal a sentimientos bondadosos?

Antes de responder téngase en cuenta que el esclavo cuesta más que el obrero. Hay en París más de cien mil obreras que ganan menos de 2,50 francos diarios, y ha de pensarse en que el sustento mínimo de la obrera esclava costaría mucho más, como que ha de contarse con las crisis de trabajo y con el interés que ha de tener el amo por la salud de sus esclavas, mientras que siendo patrón se tiene a su disposición al jornalero, que equivale al esclavo, sin los riesgos, pérdidas ni cuidados propios del amo. Además puede el patrón ser socio de la Sociedad para la abolición de la esclavitud en las colonias, y hasta puede ser demócrata y republicano radical, y como tal puede hablar extensamente sobre los beneficios de la libertad y del progreso.

José Echegaray, en un artículo que ha recorrido la prensa en cada 1º de Mayo de veinte años a esta parte y que puede ser para los burgueses lo que es la epístola de San Pablo para los cristianos, ha dicho:

“La humanidad progresa por el *trabajo*: el *trabajo* es el eterno obrero de la civilización: cuanto *es* llega a *ser* por una *acción activa y trabajadora*, tres palabras que encierran la misma idea”.

Perfectamente; bien pensado y bien dicho. Continúa:

“Todo ser humano que merezca el nombre de tal, será *obrero* de algo, grande o pequeño, modesto o sublime, según sea su fuerza creadora o transformadora”.

Si hubiera añadido, será *obrero* de algo *bueno o malo* podríamos aceptar el pensamiento; porque la verdad es que hay seres humanos que, por su genio en aprovechar el mecanismo de la explotación, han sido *obreros* de su fortuna a costa de la esclavitud, de la miseria y de la muerte de muchos trabajadores, y otros que, al servicio de la autoridad y del dogma, son *obreros* de la tiranía, de la ignorancia y del sufrimiento de sus semejantes. Y sigue:

“¡Cómo ha de ser el *capital* ni el monstruo, ni el tirano, ni el vampiro, si es, en el orden físico del trabajo y de la producción, el único redentor del *obrero* y del hombre!”

Bien dicho si no abusara de la ambigüedad de la palabra y sólo se refiriera al *capital*, pero no refiriéndose al *capitalista*, a quien convienen perfectamente los calificativos de *monstruo*, *tirano* y *vampiro*. Y añade:

“Si de la noche a la mañana, por arte de magia, se duplicasen, se triplicasen todos los capitales de la tierra, ¡cómo se duplicaría y triplicaría el bienestar del obrero! Esta si que sería la inmediata solución del problema social: los salarios altos, la reducción de horas, la

instrucción del obrero, su descanso, su vejez tranquila, su vida moral más y más dilatada por horizontes hoy inaccesibles. Si corriensen, no dos capitalistas tras un obrero, sino veinte o treinta tras el último peón para que llevase una carretilla de tierra, ¡cómo entonces el humilde peón impondría la ley, no por su fuerza física o por la intervención absurda de otras fuerzas que el Estado le prestase, sino por la fuerza de su derecho y por la ley de la naturaleza!”

Sofisma puro, negación de los hechos patentes; error análogo al sustentado por el sabio de la antigüedad que consideraba posible la libertad de los esclavos cuando el trabajo se hiciera en las condiciones que hoy lo efectúan las máquinas; error agravado por el hecho de persistir en él, a pesar de que la grandiosa aplicación de la mecánica a la producción ha aumentado la mísera condición de los trabajadores; cuando se ha llegado a declarar en Francia que en aquella república sobran cinco o seis millones de trabajadores, cuando en Portugal, España e Italia aumenta extraordinariamente la emigración.

Es innegable la triste afirmación de Hackel: “comparados a nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie”.

Y siendo esto así, el atomismo social, como dice Azcárate, o el antagonismo de los intereses o, si se quiere, el dualismo social, causante de las revoluciones pasadas, reaparecerá rejuvenecido tras las revoluciones futuras, mientras, como establece la legislación de todas las naciones, el propietario de un terreno sea dueño de su superficie, y de lo que está debajo de ella, pueda hacer o mandar hacer las obras, plantaciones y excavaciones que quiera, y, por accesión, se apropie todo lo que el terreno apropiado produzca o se le una o incorpore natural o artificialmente; porque, a consecuencia de esa apropiación, los no propietarios han de quedar reducidos a la forzosa condición de trabajadores, esclavos o jornaleros, al servicio de los propietarios.

De ese modo, mientras la legislación establece, con injusticia manifiesta, este absurdo: “Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario”, el no propietario, el desheredado, queda sumergido para siempre en el abismo de la explotación y de la miseria.

¿Cómo no ha de haber atomismo, divergencia, antagonismo y odio entre hombres colocados en posiciones tan diametralmente opuestas?

Por eso, a pesar del amaños los unos a los otros, fracasó el cristianismo, religión que en sus diversas sectas vive hoy por atavismo y por la protección de los Estados.

Por lo mismo está en pleno fracaso la democracia, que ve imposible la libertad, igualdad y fraternidad entre ciudadanos millonarios y ciudadanos obreros, y reimposible con los *unemployeds* con los que ya cobraron su último jornal, con los que los modernos Estados democratizados consideran y tratan como excedentes, con los que como se dice vulgarmente no tienen tras de qué caerse muertos, tras el quinto estado que ensalza Gorki, semejando el grito de la conciencia que preguntara a Caín ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

## EL SOCIALISMO PROLETARIO

Creo poder escribir en justicia ese título, ya que hay quien habla de socialismo científico, de socialismo práctico y aún de otras clases más, no como derivaciones y especialidades para fortalecer un tronco común, sino como sectas enemigas que se excomulgan unas a otras.

Para mí el Socialismo Proletario es eso que para Azcárate constituye una excepción progresiva frente al estancamiento del derecho privado; eso que llama las “lucubraciones socialistas”, trabajo intelectual moderno realizado por los trabajadores de todo el mundo en el seno de sus agrupaciones; lo que no han hecho por no poder, por no saber o por no querer las clases superiores, es tal vez el impulso más poderoso dado para la creación de la sociología.

Los naturalistas en sus diversas subdivisiones científicas habían dado con la unidad de la substancia universal; los astrónomos, los geógrafos y los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta; los filósofos de la revolución establecieron la unidad del derecho político en la entidad ciudadano; los internacionales descubrieron la unidad social en el productor.

El hombre es hijo de la sociedad: es indudable que el primer paso que dio el animal inferior para salir de la animalidad hubo de ser un acto social, un pacto inspirado por la necesidad a dos impotentes individuos que por la asociación se volvieron poderosos.



Es posible que el pacto efímero realizado para un caso concreto, para una necesidad determinada, inspirase la idea de prolongarle para necesidades y casos sucesivos, lo que podría considerarse como primer indicio de la organización del trabajo, a que las costumbres darían estabilidad.

El hombre se iniciaría en la vida social como progresista y conservador a la vez.

Como progresista, crearía la sociedad, por cuyo medio suplió su impotencia con la ayuda mutua y la solidaridad, en que alternativamente sería agente y paciente.

Como conservador, temeroso de perder los beneficios de la sociedad, procuraría conservarla en sus primitivos principios y formas, que creería consubstanciales con la sociedad misma.

Claro es que como obra primera, falta de observación, de experiencia y de juicio, el primer bosquejo social habría de resultar deficiente, aunque por lo mismo que respondería a necesidades esenciales y directas habría de tener eficacia inmediata. Así necesidades nuevas exigirían ampliaciones y reformas que se harían sin afectar a los principios fundamentales establecidos.

Y sucedería que en lo tocante a las reformas se avanzaría más rápidamente que en los principios. Tan posible es esta suposición, de tal modo se conforma con los hechos históricos, que todavía se ofrece como demostración la comparación citada de Azcárate entre

el progreso del derecho público y el estancamiento del derecho privado.

Con principios defectuosos que para hacerles inmutables se simbolizaron en las religiones, claro es que el movimiento que había de darles vitalidad y su consiguiente progreso habría de ser de una lentitud desesperante. Como es natural, las reformas sucesivas no podrían seguir la línea racional progresiva por la influencia antiprogresiva de los principios, y el progreso habría de resultar necesariamente una desviación, como cuerpo arrastrado, no por una fuerza única en determinado sentido, sino como movido por dos fuerzas una mayor y otra menor en sentido diferente.

Así se ha llegado a constituir una unidad fuera de su verdadero asiento, apartada de las más elementales nociones de economía, llegándose hasta el absurdo de cambiar los términos, dando lugar a que se entienda que el hombre es lo secundario y la sociedad lo principal, que el hombre se ha hecho para la sociedad, no la sociedad para el hombre.

Así se ha justificado este bello y enérgico apóstrofe de Pi y Margal:

“La sociedad establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarle. Mas, que tomando este deber por pretexto, no venga nunca la sociedad y diga: Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu

entendimiento o me pagues un tributo; porque me creeré entonces con la facultad de contestarle: ¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que me defiendas, y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada”.

Si el concepto de la universalidad y de la immanencia del derecho humano hubiera podido descender desde las alturas del pensamiento en que se halla por el monopolio universitario hasta penetrar, por medio de la enseñanza racionalista, en las costumbres y en las instituciones hasta formar atavismo, como por ley de evolución progresiva ha de suceder; si la ciencia no se hubiera adquirido y no se adquiriera aún hoy como un privilegio, y fuera puesta al alcance de todo el mundo por un sistema racional de enseñanza, para que tuviera la debida aplicación social práctica y directa, fomentada por las aptitudes individuales; si el privilegio no se sirviera de la ciencia para aumentar sus beneficios, para gozar más y para extremar la opresión de los desheredados, el problema social no existiría o sería de facilísima solución; no siendo así, el tal problema es un verdadero conflicto social.

Y lo es, y no puede menos de serlo, porque ese proletariado internacional, cada vez más consciente y más potente, que agita al mundo combatiendo al capitalismo; que desdén los vanos derechos políticos, incapaces de concederle siquiera la libertad de

morirse de hambre frente al Capitolio de Washington en un momento de debilidad pesimista; que no se amasa en los partidos políticos burgueses, ni siquiera en los partidos socialistas dirigidos por jefes que, aunque de procedencia obrera, son burgueses de intención con indeclarables miras utilitarias, va en línea recta a la desvinculación de la propiedad, a la socialización de los medios de producción y de cambio y a la participación directa en el patrimonio universal, despreciando ficciones democráticas y halagos político-radicales, harto ya de apariencias brillantes que encubren mentiras desvergonzadas, desengaños desesperados y miserias positivas, porque quiere la substancia de las cosas, y no sólo protesta con su razón contra todo engaño, sino que tampoco se conforma con dejar en paz a los cándidos trabajadores políticos que siguen confiadamente a los caudillos socialistas o republicanos.

Con orgullo puede decirse que si existe una ciencia que desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días se recluyó en el templo, en el convento o en la universidad, reservando a sus favorecidos la explicación de los fenómenos naturales, el conocimiento de la historia, el análisis de las fuerzas físicas, para dar a los desheredados mitos para atrofiar su inteligencia, leyes para oprimir su libertad y falsa moral y supersticiones para embrutecerlos, el proletariado moderno, hijo de La Internacional, va adquiriendo una ciencia igualitaria y justiciera que le capacita como elemento excepcionalmente activo para la formación de la sociedad futura, donde obtendrá la humanidad las satisfacciones inefables de

la justicia, las dulces emociones de la belleza y la contemplación de esa verdad desnuda que se ocultó siempre bajo las fealdades de las formas esotéricas.

Sí, así es el Socialismo Proletario, esencialmente diferente de todo socialismo de programa o de etiqueta, de esos socialismos que sólo sirven de pretexto a mangoneadores de colectividades obreras o de reclamo electoral.

El Socialismo Proletario, desde los orígenes de la Asociación Internacional de Trabajadores, viene constituyendo una ciencia obrera, que toma de la ciencia en general lo que aun contiene libre de sofismas utilizados por toda suerte de privilegiados, y con criterio despreocupado agrupa conocimientos que sirven para beneficiar a todos los hombres, y para impedir que los mixtificadores puedan privar a los trabajadores de sus derechos naturales y arrebatarles el fruto de su trabajo.

Discuten aún los sabios si hay o no un criterio de verdad, y los trabajadores, para adquirir la verdad con el brillante prestigio de la evidencia, tenemos un criterio de justicia que los privilegiados no pueden tener sino cuando por excepción reniegan del privilegio, le abandonan y le desprecian.

De los privilegiados puede decirse, no ya “donde está tu tesoro está tu corazón”, sino que su tesoro inspira su entendimiento, y si no precisamente su tesoro, sus comodidades, su fama, sus preocupaciones, su atavismo, la blanda y suave huata con que

rodean su cuerpo para atenuar cobardemente los choques y los encontrones de la realidad de la vida social.

Los trabajadores, por el contrario, partiendo del principio de que de hombre a hombre va cero, negamos todas las distinciones y diferencias artificiales que fundó la ignorancia y perpetuó la malicia, y en esa negación va envuelta toda cosmogonía, toda teología, toda filosofía, toda legislación, toda política que contradiga esta norma social de justicia: “No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes”.

Negación fecundísima, fuente de vida, criterio de verdad, de belleza y de justicia, principio dignificador de rebeldía y germen vivo de una sociedad justificada en que cada hombre y cada mujer, desde la infancia hasta la ancianidad, darán de sí todo el fruto de inteligencia y de actividad que por su naturaleza les corresponde, sin freno ni cortapisa, libre y espontáneamente.

Para terminar:

Perdone el señor Azcárate mi equivocada interpretación de la frase “*el poseedor romano es inmortal*”.

Yo no había leído su discurso íntegro, y no podía saber que, en lugar de haber sido tomada en su sentido recto y absoluto, como ha de tomarla todo el que hable nuestro idioma y la lea suelta, significaba no más una idea relativa dependiente de determinada circunstancia.

Ahora veo que el poseedor romano no es inmortal, sino que se admite que vivirá hasta que el derecho privado, retrasado nada menos que los siglos que representan dos evoluciones en la legislación, avance hasta ponerse al paso con el derecho público.

¡Si tan largo me lo fías!..., dirán los propietarios, bien podemos vivir tranquilos.

Paréceme, mejor dicho, tengo por seguro que es ahora el Sr. Azcárate el equivocado, y con él los propietarios y aun los que no lo son y aspiran a serlo, porque, no está trazada la marcha evolutiva de la humanidad en el laberíntico y estacionario articulado de la legislación, sino que partiendo de las necesidades, deseos y aspiraciones de la generalidad, se va a su satisfacción por cuantos medios se tienen a mano: la exposición, la lucha, la persuasión, la violencia, el ejemplo, la propaganda, la solidaridad, la huelga general, la revolución, cosas que pueden alterar y aun en último término suprimir la ley escrita:

Así se comprende que el Sr. Azcárate diga no hay faro, *no hay luz para resolver todos los problemas que van dentro del derecho civil*, por no tener en cuenta estas dos importantísimas y decisivas declaraciones del proletariado:

1º *La tierra y los grandes instrumentos de producción y de cambio deben ser propiedad de la sociedad universal, entregándose a título usufructuario a las colectividades*

*productoras, científicas, artísticas, industriales y agrícolas.*  
(Congreso de La Internacional, de Bruselas, 1868).

*2º El Congreso reconoce que la herencia debe ser completa y radicalmente abolida, y que esta abolición es una de las condiciones indispensables a la libertad del trabajo.* (Congreso de La Internacional, de Basilea, 1869).

He ahí teóricamente recuperados y aun superados los dos períodos evolutivos de avance del derecho público, que prácticamente confirmará la Revolución Social.

He ahí reemplazado el Poseedor Romano, privilegiado inicuo que ha durado muchos siglos, a costa de males infinitos, por el Poseedor Humano, que es la misma humanidad disfrutando sin excepción ni tasa de los bienes naturales y de todos los producidos por la actividad y la energía de todos los hombres.

He ahí reconocido el derecho de todo el mundo a la participación y goce del patrimonio universal.

He ahí anunciado para un plazo fijo, como ha de considerarse el término evolutivo de la usurpación de riqueza social, la reconstitución de la sociedad sobre las indestructibles bases de la ciencia social.



## CONCLUSIÓN

Gambetta, el gran radical político, tras un gran trabajo de análisis y una vida de sacrificio como propagandista, como organizador y como estadista, resumió un día su pensamiento en este grito de alarma: ¡el clericalismo es el enemigo!

Pasó el tiempo, y vemos que la alta burguesía, la actual usufructuaria de aquellas riquezas de manos muertas que se estancaron en la Iglesia en la Edad Media y fueron dispersadas por el genio revolucionario burgués, simbolizado en España por Mendizábal, se alía con el clericalismo fingiendo piedad, sin reparar que por sus complacencias clericales, caen burgueses y burguesas como moscas en las redes de las negras arañas, y sus riquezas vuelven a los captadores de herencias, es decir, a las mismas manos muertas de los pasados tiempos.

Hoy, triste es reconocerlo, el grito de Gambetta ha quedado reducido a la mezquina condición de recurso electoral, empleado por radicales de oropel, destinado a atrapar electores pobres, de esos que creen que tras el triunfo del candidato leerán en la *Gaceta* el decreto del buen gobierno y del pan barato.

Desde el punto de vista del verdadero progreso el enemigo es uno, sí; pero reviste diversas formas.

Pensad, compañeros, que mucho antes que el cristianismo amenazara a los creyentes con la parábola del camello y del ojo de

la aguja, ya había pobres y ricos en el mundo; que antes que se pronunciara el amaos los unos a los otros se había escrito en el código que todavía nos rige que el propietario, el detentador del patrimonio universal, es amo, y que el trabajador, el asalariado, el desheredado de la riqueza social, aunque se titule ciudadano, es menos que esclavo, puesto que ya hemos visto que en la República modelo que fundó Washington hay ciudadanos electores y elegibles, parte integrante del Pueblo soberano, que viven en plena democracia, y para vivir de verdad, para no morir de hambre a las puertas del Capitolio han recurrido al medio de cubrirse el rostro con un antifaz, de ponerse un número en el pecho, y han vendido sus derechos naturales, inalienables e imprescriptibles por la bazofia del esclavo; y lo que es peor aún: ¡han sido comprados! y aún me queda el recurso de acentuar más la nota, añadiendo que todavía hubo desesperado que, perdida la esperanza de ser comprado, se cruzó en los rieles de una vía férrea, propiedad de un ciudadano milmillonario, esperando un tren que lo aplastara.

Bien merece ser substituida la estatua de la libertad iluminando el mundo que admira el europeo que llega a Nueva York por el legendario becerro de oro.

No se olvide que desde burgués contribuyente directo de ínfima clase, donde comienza la demarcación del privilegio, siguiendo hasta las cumbres de la riqueza y del mando, tenemos los desheredados del patrimonio universal muchas clases de

enemigos, inscriptos todos en el registro de la propiedad, que es lo que les une, lo que les hace representables por un tipo único, el propietario.

Por eso, imitando la célebre frase de Gambetta, podemos decir todos los trabajadores del mundo ¡el enemigo es el propietario!